





*Juego Prohibido*



# Juego Prohibido



LUISA MARÍA TOLEDANO ZAFRA



Círculo Rojo  
EDITORIAL

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 2016-2026

ISBN: 979-13-7060-031-0

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Luisa María Toledano Zafra

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y,  
por tanto, ecológico.





# *Índice*

INTRODUCCIÓN .....	11
CAPÍTULO I .....	15
CAPÍTULO 2.....	27
CAPÍTULO 3.....	37
CAPÍTULO 4.....	47
CAPÍTULO 5.....	57
CAPÍTULO 6.....	65
CAPÍTULO 7.....	75
CAPÍTULO 8.....	81
CAPÍTULO 9.....	87
CAPÍTULO 10.....	93
CAPÍTULO 11.....	105
CAPÍTULO 12.....	111
CAPÍTULO 13.....	119
CAPÍTULO 14.....	123
CAPÍTULO 15 .....	135
CAPÍTULO 16.....	143
CAPÍTULO 17.....	151
CAPÍTULO 18 .....	159
Agradecimientos:.....	171



## INTRODUCCIÓN

Entró en el cuarto; el ambiente era álgido, sombrío..., Se había dejado el portillo abierto y la lámpara de cuatro brazos se mecía ligeramente por la brisa que se filtraba tras la ventana de madera oscura. La persiana estaba bajada, solo unas rendijas la separaban del zócalo. Las cortinas se bamboleaban con tenacidad, como si imitaran el oleaje de un mar embravecido.

Aquella imagen lúgubre la excitó. Helena se aproximó lentamente a la ventana; la seda de la cortina rozó su blusa, erizando sus pezones que sobresalían de ella. La excitación la cegaba; se echó en el lecho y comenzó a desnudarse pausadamente. La habitación estaba gélida, pero el ardor inexplicable de su cuerpo contrastaba con la frialdad del aire.

Yacía ardiente en sus aposentos, desnuda, agitada... Sus manos comenzaron a recorrer su propio cuerpo, sus senos, su ombligo, sus muslos..., sintiendo un deseo que buscaba prolongar antes de alcanzar su sexo.

Extendió su delgado brazo, tenía una piel tersa, clara, tan así que relucía en la oscuridad del cuarto; delicadas manos con largos y finos dedos que acababan en unas uñas perfectamente cuidadas. Abrió suavemente el segundo cajón de la mesita de noche de madera de

nogal y estilo clásico que se encontraba a su izquierda; revolvió con delicadeza entre el sinfín de sugerentes tanguitas de mil colores, hasta localizar su fiel «compañero». Conectó el juguetito a una velocidad intermedia. Jugaba con su lengua, lo lamía, lo saboreaba, lo dejaba vibrar en sus mejillas y en sus delicados dedos. Bajó suavemente a sus senos jugueteando con sus pezones firmes y tersos... Una respiración agitada acompasaba el vaivén de la cadera, estremeciendo sus entrañas en una mezcla de impaciencia y deseo: la necesidad de no apresurar el momento de penetrar a fondo en su sexo. Rozó sus ingles, que se apretaban espasmódicamente en movimientos oscilantes, hasta situarse en el exuberante y pronunciado clítoris... Palpitaba su pelvis; un jadeo constante hacía temblar sus muslos, induciendo sus genitales a la penetración absoluta que la llevó a un brutal gemido. Alargó más de media hora el juego erótico, llevándola finalmente al clímax. Tras un momento de introspección privada, encontró un respiro en el silencio de la estancia.

Al alcanzar la calma, sintió el vacío de siempre. Necesitaba un cambio; su vida estaba siendo asfixiada por una monotonía insoportable. No importaba a dónde ir, sino cuándo y el momento era ahora.

Dio un salto energético y abrió el armario de estilo neoclásico. Sin pensar, seleccionó una blusa azul claro y unos vaqueros de aspecto desgastado que se adaptaban a su cuerpo como una segunda piel, dibujando y resaltando su esbelta silueta. Tras un baño reparador en su bañera de época con líneas armoniosas; se vistió y tomó su bolso. Aquellas paredes centenarias que siempre habían sido su refugio, de pronto, parecían estrecharse sobre ella hasta robarle el aire.

Al alcanzar la calma, sintió el vacío de siempre. Necesitaba un cambio; su vida estaba siendo asfixiada por una monotonía insoportable. No importaba a dónde ir, sino cuándo. Y el momento era ahora.

¿Qué buscaba Helena? ¿Un escape de su realidad, un escondite entre esas sábanas o simplemente un desahogo para su alma? Buscaba, sencillamente, dejar de calcularlo todo milimétricamente y encontrar un vuelco que le devolviera el sentido a la vida.



## CAPÍTULO I

*Del desengaño aprendes  
o te hundes, de ti depende.*

Helena había nacido en un precioso barrio renombrado, acunada por una familia acomodada que la educó con aires de grandeza; era una familia pudiente que moldeó su carácter bajo pretensiones de nobleza, que le inculcó una visión elitista del mundo. Heredera de un linaje ilustre y cautiva de las formas, se encontraba asediada por las expectativas del entorno. Era evidente que el peso del legado familiar moldea nuestra identidad y somete a juicio nuestro destino, muy influenciada por las apariencias, con una gran presión dentro de su círculo social. Condicionada por el prestigio de su familia y la tiranía de una imagen, vivía bajo la opresión de las convenciones sociales. Indudablemente, los mandatos familiares y nuestras reacciones ante ellos son los que realmente delimitan y cuestionan nuestra

existencia. Aunque el entorno moldea de forma inevitable lo que somos, Helena poseía un carácter inquebrantable. Aquella infancia entregada al estudio y al cultivo de su intelecto había forjado en ella una personalidad excepcional. Esa elegancia al vestir y al caminar, su modo de hablar o su innata coquetería se fundían con una templanza capaz de mantener la compostura ante cualquier desafío.

Conoció a Carlos en el último curso y, tras el máster, decidieron irse a vivir juntos. Era una pareja perfecta. Tenían una conexión abrumadora; entrelazaban sus palabras con tanta fluidez que parecían seguir un guion ensayado. Eran el uno para el otro... o eso creía.

Tuvo que volar a Barcelona para estudiar la apertura de nuevos horizontes profesionales. Como ese viernes era su aniversario, habían acordado posponer la celebración al sábado para no interferir en sus negociaciones; pero, al final, el amor pudo más. Confiada en un cierre temprano, decidió darle una sorpresa. Su espíritu aventurero la impulsaba: ansiaba contemplar su reacción al verla llegar de improviso con aquel detalle único. Llamó al restaurante Les 3 Nounours, el Triángulo de Oro de París; el más elegante y romántico a su parecer. Tras reservar una mesa para el sábado, se apresuró a encontrarse con los clientes que la aguardaban en el hotel Moments, en Barcelona. Disfrutaron de una velada productiva de la cual extrajeron conclusiones valiosas: todo apuntaba a que sus proyectos rendirían frutos mucho más abundantes de lo anticipado.

De regreso al hotel, preparó el baño y se sumergió entre sales aromáticas; necesitaba sentir como el agua acariciaba su piel y descansar para estar radiante. Había adelantado su vuelo de vuelta para tener tiempo de

comprarse un vestido espectacular. Ya en la cama, bajo la luz tenue de las velas, sus ojos comenzaron a cerrarse...

Olvidó poner el despertador. En cuanto abrió los ojos y miró el reloj, salió apresurada al aeropuerto; iba tan justa de tiempo que ni siquiera pudo desayunar.

Los nervios la embargaban. Luchaba por recuperar la compostura, pero el temor a perder el vuelo la perseguía en cada paso, amenazando con desmoronar sus planes.

Fue costosa la hazaña, pero logró llegar a tiempo, jadeosa por el rato de angustia entregó el pasaje y se dirigió hacia el avión que la llevaría a casa.

En menos de dos horas ya estaba en París. Se encaminó a su cafetería favorita: un café con leche, un croissant con mermelada y una enorme sonrisa en su rostro. Después, visitó la Boutique Onze Paris, en la calle Condorcet, donde eligió un exquisito vestido de gala en rojo carmesí y unos zapatos con un tacón de infarto y se dirigió a casa. Como Carlos no llegaría hasta las siete, su hora habitual, disponía de margen suficiente para disfrutar de un almuerzo con Esther, su amiga de la infancia, y disfrutar después de un baño reparador como preámbulo a esa cena romántica. Esther, Helena y Carlos, junto con otros compañeros de facultad, decidieron probar suerte en Francia y tras terminar la universidad, emprendieron una aventura, que resultó ser un desafío importante para algunos y, una experiencia menos intensa para otros, pero sin duda alguna, una gran aventura. Fue una resolución difícil que forzó a alguno de los miembros a quedarse atrás, pero, sin embargo, este trío inseparable, seguía ahí a pie de cañón. El patrimonio familiar de Helena era vasto, recibió una espléndida mansión que ella embelleció con un gusto refinado.